

**OSCAR CHAMOSA**

**BREVE HISTORIA DEL  
FOLCLORE ARGENTINO  
(1920-1970)**

**Identidad,  
política y nación**

---

COLECCIÓN BITÁCORA



*A Meli, Coco, Patti y Meni*

# Índice

Introducción .....	11
Capítulo 1. El folclore argentino, del positivismo al nacionalismo .....	23
Capítulo 2. La industria azucarera de Tucumán y la investigación folclórica en el Noroeste .....	73
Capítulo 3. El folclore criollo en la escena nacional .....	121
Capítulo 4. El <i>boom</i> del folclore .....	173
Conclusiones.....	225
Notas .....	231
Bibliografía.....	237
Agradecimientos.....	245

## Introducción

Posiblemente era la primera vez que Ruperto Peralta se paraba frente a un micrófono. La mujer rubia le dio una señal y el jornalero del Ingenio Santa Ana de Tucumán, con voz aguda y fuerte, entonó una serie de octosílabos mientras su hermano Remigio le acompañaba con caja. Al terminar, la mujer, Isabel Aretz, que había llegado de Buenos Aires con un equipo portátil de grabación, levantó la púa del disco de pasta y anotó en su libreta “vidala”, mientras que Aureliano Ibáñez, otro jornalero del ingenio, se acomodaba frente al micrófono para cantar otra pieza. A la sección de grabación se sumaron Nicolás Romero y Fermín Tejeda, dos empleados de la administración, quienes ejecutaron con sus guitarras un vals, una habanera y una zamba. Al terminar, Aretz les permitió a los ejecutantes escuchar sus voces registradas en el disco. Los trabajadores del Ingenio Santa Ana se habrán asombrado de esta interrupción extraña de sus tareas. ¿Para qué querría esta señora grabarlos? Sus voces nunca aparecerían en la radio y su vida continuaría en el ingenio, cantando solo para sus amigos en los carnavales o en bailes de familia. Isabel Aretz era una musicóloga interesada en el folclore criollo del Noroeste y los trabajadores-músicos, sin saberlo, estaban tomando parte en los orígenes del Movimiento Folclórico Argentino.<sup>1</sup>



Ramón Valdez, el cantor de “La Casita” (único albergue en la cuesta de Caspinchango, durante el ascenso al Valle de Tafi), fotografía de Elena Hosman en el libro de Isabel Aretz, *Música tradicional argentina: Tucumán, historia y folklore*, lámina 16

## INTRODUCCIÓN

Aretz, junto a su amiga la fotógrafa Elena Hosman, visitó Santa Ana en 1941 como parte de un extenso trabajo de campo que las llevó en tren, auto y a lomo de mula por decenas de pueblos tucumanos, del llano a la montaña, con su equipo portátil de grabación. Las grabaciones, que no tenían un fin comercial, hoy son parte del patrimonio cultural de la nación, y junto con los cientos de otros *masters* hechos por Aretz, Carlos Vega, Silvia Eisenstein y otros musicólogos en los años cuarenta, están guardados en el Instituto Nacional de Musicología Carlos Vega. Pocos años antes otro folclorista, Juan Alfonso Carrizo, había recorrido los mismos pueblos interrogando a los paisanos sobre décimas, coplas, himnos religiosos, rimas infantiles, romances y adivinanzas. Una pista lo llevaría a don Apolinario Berbel, carretero del Ingenio Santa Rosa, quien le dictó decenas de canciones de antigua data. En 1943, completando el ciclo de investigación folclórica, Augusto Cortazar visitaría el carnaval calchaquí en Amaicha, Colalao y Cafayate, observando y registrando las señaladas, los topamientos, las enharinadas, los duelos de bagualas y otras prácticas ancestrales tan arraigadas como desconocidas para millones de argentinos en Buenos Aires y otras ciudades de la región pampeana.

Con la publicación de trabajos claves como los “cancioneros populares” de Carrizo entre 1928-1941, la *Música tradicional argentina* de Isabel Aretz, en 1946, y el *Folklore del Carnaval Calchaquí* de Cortazar, en 1949, “el Norte” terminó por consagrarse como el lugar donde las tradiciones naciona-

les permanecían vivas y donde residía el verdadero espíritu de la argentinidad. Este lugar especial que ocuparía el Noroeste en la construcción imaginaria de la nacionalidad había comenzado a tomar forma en la década de 1890 con los trabajos arqueológicos y etnográficos de Lafone Quevedo, Adán Quiroga y Eduardo Ambrosetti, y se articuló como paradigma con los trabajos de Joaquín V. González, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. A principios del siglo XX, intelectuales, académicos y educadores comenzaron a referirse al Noroeste y al interior en sentido más amplio como la verdadera Argentina contrapuesta a Buenos Aires, ciudad cosmopolita y desarraigada. El dualismo cultural conllevaba una valoración moral. Mientras que Buenos Aires se europeizaba, los supuestos valores argentinos se corrompían por la multiplicación de efectos disolventes. Entre estos se enumeraba el materialismo, el laicismo, el afán de imitar modas europeas y, peor aún, el feminismo, el socialismo y el anarquismo. En contrapartida, el nacionalismo definía a los pobladores criollos del interior profundo, el arriero cuyano, el zafrero tucumano, la telera puntana o el gaucho salteño, como los poseedores de valores morales acendrados. Estos campesinos criollos habían conservado una sabiduría ancestral, sencilla e incontaminada, que ponía la religión católica, la protección de la familia, la defensa de la patria y el cumplimiento de la palabra prestada por sobre sus intereses personales. Estos valores aparecerían reflejados en el arte anónimo que practicaban, especialmente las décimas rememoradas por los músicos campesinos. El criollismo había ya definido esos valores como propios del

gaucho pampeano, el arquetipo máximo de la nacionalidad. Pero mientras el gaucho se daba por extinguido o contaminado por los inmigrantes vecinos, los criollos del interior continuaban conservando hasta el presente los valores y creencias de la “Edad de Oro” pasada, que los nacionalistas localizaban entre la Conquista española y la llegada de la inmigración a fines del siglo XIX.

El trabajo de los folcloristas académicos como Aretz y Carrizo se encargó de construir este arquetipo mientras que los folcloristas mediáticos, los educadores, los miembros de peñas y los organizadores de festivales se encargaron de difundirlo hasta convertirlo en una creencia compartida para la mayoría de la población. Pero el trabajo de los folcloristas y educadores no se limitaba a corroborar o instalar una creencia intelectual.

Este libro se propone explorar cómo el desarrollo del movimiento folclórico en la Argentina estuvo ligado en sus orígenes a los intereses económicos y políticos de las oligarquías provinciales, específicamente de la elite azucarera de Tucumán. La evolución del nacionalismo cultural siguió en parte las modas transnacionales y en parte la propia dinámica del campo cultural, pero el anticosmopolitanismo liberal que nutriera al movimiento folclórico no hubiera pasado de un nicho intelectual si poderosos intereses como el del *lobby* azucarero no lo hubieran sustentado en forma constante y eficaz.

La clave para el cambio de orientación de la elite provincial fue la pérdida de poder real que supuso la aplicación de la Ley Sáenz Peña en combinación con la recesión provocada

por la Primera Guerra Mundial y que siguió afectando las economías regionales durante la década del veinte. Ese contexto favoreció la adopción del nacionalismo por la misma elite tucumana que desde de la Liga del Norte hasta la caída del PAN había estado al frente del liberalismo argentino. Lo que estaba en juego además de su poder político era el equilibrio económico interregional en que se sustentaba su prosperidad. En términos económicos el liberalismo ensayado por la Liga de Gobernadores en la década de 1870 y el PAN desde 1880 era decididamente heterodoxo. Si bien abría las puertas a la importación de bienes manufacturados y al capital extranjero, también creaba regímenes especiales de protección para un número de producciones regionales destinada al mercado interno, como el vino, el azúcar, la yerba mate y el algodón. El gobierno central daba protección a esta industrias debido a las condiciones estructurales que la perjudicaban (fragmentación de la propiedad, ciclos meteorológicos adversos, altos costos de flete, descapitalización), pero antes que nada porque necesitaba los votos puestos a disposición por las elites provinciales. La protección perjudicaba a los consumidores del litoral pero garantizaba la estabilidad de la alianza oligárquica interprovincial. La caída de esta alianza en el período 1912-1916 puso a las elites conservadoras provinciales en estado de alerta. Los intereses electorales del radicalismo y el socialismo concentrados en el electorado urbano amenazaban con borrar de un plumazo la protección otorgada por el PAN a las agroindustrias orientadas al mercado interno. Las elites provinciales ensayaron estrategias de todo tipo para mantener el

margen de ganancia de sus negocios, entre estas la adopción del discurso nacionalista que anteponía los intereses provinciales por sobre los de Buenos Aires.

En el primer capítulo de este libro se explica de qué manera el folclore como disciplina académica estuvo íntimamente ligado al nacionalismo reaccionario desde sus orígenes en la Europa romántica. La profesionalización del folclore y la adopción de una pátina positivista durante la segunda mitad del siglo XIX no lograron borrar del todo la creencia en la existencia de un espíritu que distinguía a cada nación y que se transmitiría a través de las tradiciones orales. En la Argentina, el folclore estuvo ligado en sus orígenes a exploradores científicos identificados con el proyecto de construcción del Estado nación capitalista. Estos científicos estaban más interesados en descubrir, indexar y almacenar información acerca de los recursos naturales y humanos a explotar que en descubrir el espíritu nacional. Por otro lado, los liberales cosmopolitas asociados a ese proyecto concebían la nación como un contrato social entre ciudadanos racionales sin importar el bagaje cultural de cada uno de ellos. Con esta premisa, el saber metódico sobre las culturas criollas del interior, cuyo asentamiento se remontaba al período colonial, correspondía más a una disciplina integrada en donde la arqueología, la historia y la observación etnográfica se superponían. Esas comunidades eran reliquias vivientes, curiosidades históricas que debían ser estudiadas, pero no tenían valor como eje cultural de la nacionalidad. Fueron las condiciones económicas y políticas las que en la década del 1910 hicieron que esos

conocimientos etnográficos se convirtieran en folclóricos, es decir que los sujetos humanos de esas culturas locales pasaron de ser objetos de curiosidad etnográfica para convertirse en el auténtico pueblo argentino.

Este proceso discursivo implicaba reevaluar el lugar que correspondía en el complejo cultural de la nación a trabajadores rurales empleados en las industrias regionales. No es sorprendente entonces que los azucareros tucumanos se hayan puesto al frente de las políticas culturales que favorecían la valoración de estos trabajadores. Proteger las fuentes de trabajo de esos campesinos criollos significaba defender las fuentes mismas de la nacionalidad. Así, varios barones azucareros dirigidos por el incansable Ernesto E. Padilla subvencionaron la formación de un movimiento folclórico complejo que incluía investigación académica, difusión artística y educativa. Como se verá en el segundo capítulo, la injerencia de los industriales azucareros estuvo detrás de cada estudio importante sobre el folclore criollo, dándole a los folcloristas apoyo político y económico para su investigación y publicación e influyendo en las políticas del Estado que impulsaron el estudio del folclore en las escuelas. Esto explica en parte la preponderancia del Noroeste en la formulación del canon folclórico. Cuyo, cuya elite vitivinícola también participó en la promoción de la cultura local, le siguió en términos de investigación y promoción del folclore local. Justamente, la Fiesta de la Vendimia, instituida en 1936, no tardó en convertirse en modelo de las fiestas regionales para todo el país, uno de los ámbitos más eficaces en la difusión del folclore. Los intereses yerbateros,

por su parte, intentaron no tanto nacionalizar la cultura de los productores, sino nacionalizar el mismo consumo del mate, que hasta la década de 1920 era más concebido como práctica pan-rioplatense que algo propiamente argentino. En todos los casos, la composición de un cuadro de caracteres y prácticas definidas como propiamente argentinas se desarrolló no tanto como efecto del proceso de formación nacional fomentado por el Estado central, sino como irrupción de elites e intereses económicos regionales en peligro de perder el principio de solidaridad interregional que protegía sus negocios.

La idealización de la vida y cultura del campesino criollo no tardó en salir del molde pergeñado por los *sponsors* conservadores. En la década del treinta, el nacionalismo cultural pasó de ser monopolio de la elite conservadora provincial (y parte de la radical) para convertirse en bandera del nacionalismo popular postyrigoyenista (y protoperonista) como los intelectuales de FORJA, e incluso de sectores del Partido Comunista que buscaban modelar su discurso a las condiciones del país. Es así que conservadores, nacionalistas-católicos, nacionalistas-populares y algunos comunistas terminaron coincidiendo en el plano discursivo con la idealización del paisano criollo del interior como modelo de nacionalidad y brindando su apoyo a la difusión del folclore. Los conservadores del gobierno de la Concordancia 1932-1943, los militares nacionalistas y el gobierno peronista adoptaron medidas específicas para impulsar el estudio y la difusión del folclore a nivel nacional, que fueron seguidas desde la sociedad civil con gran entusiasmo. Los únicos que quedaron fuera del

paradigma romántico-nacionalista fueron los pocos liberales cosmopolitas que en los años treinta seguían defendiendo un modelo cívico de nación basado en principios ilustrados supuestamente universales (lo interesante es que la mayoría de estos pertenecían a las distintas ramas del Partido Socialista).

Los artistas folclóricos, desde Andrés Chazarreta a Atahualpa Yupanqui, podían tener diferentes posiciones políticas, pero en general coincidían con el modelo romántico articulado por los folcloristas académicos y otros intelectuales. El folclore musical comenzó a tomar forma en el medio radiofónico, afianzándose a lo largo de la década del treinta y comienzos de los cuarenta como el principal competidor del tango. El gobierno conservador se sumó al apoyo al folclore influenciado por el *lobby* azucarero, pero el apoyo corporativo al folclore en radio era mucho más variado, incluyendo empresas nacionales y multinacionales que competían por el mercado interno anunciando sus productos en radio. Asociar marcas con la cultura criolla era una forma de penetrar ese mercado sorteando la antipatía popular creciente con respecto al capitalismo concentrado y transnacional. Así Jabón El Gaucho auspiciaba el programa del “Gaucho Ochoa” —lo cual no parecería incongruente si no fuera porque Jabón El Gaucho era una marca de la compañía Swift del Río de la Plata, es decir, de la firma de Chicago propietaria de uno de los grandes frigoríficos de Berisso—. Sin que cambiaran substancialmente los *sponsors*, el gobierno militar de 1943 y luego el peronismo reforzaron la presencia radiofónica de esos artistas. Así, el gobierno peronista, los azucareros tucumanos,

## INTRODUCCIÓN

los bodegueros cuyanos, el Partido Comunista, Swift y sellos radiofónicos variados se encontraron promoviendo el folclore criollo a un mismo tiempo. Esta es una de las tantas incongruencias que jalonan la historia del movimiento folclórico, que continuarían en las décadas siguientes. Pero esta incongruencia no era necesariamente una debilidad, al contrario, puede decirse que justamente la variedad de ideologías, sectores económicos e intereses políticos que acompañaban el surgimiento del folclore contribuyeron a su fortalecimiento y a su capacidad de supervivencia a lo largo de más de medio siglo de cambios políticos y económicos constantes.

En este trabajo se considera al movimiento folclórico como un fenómeno complejo y polifacético que reunía intelectuales, investigadores, artistas, educadores, funcionarios, empresarios, productores y simples ciudadanos de orígenes e intereses no solo diversos sino también contrapuestos. El movimiento se dividía al menos en tres áreas fácilmente distinguibles: el folclore académico, estrechamente ligado al educativo; el artístico, especialmente la música de raíz folclórica, y el asociativo, que incluía las peñas, círculos criollistas y distintas asociaciones civiles encomendadas al estudio y difusión del folclore. Estas distintas áreas se superponían y se reforzaban mutuamente coincidiendo todas en el objetivo de defender las costumbres nacionales. Más allá de los matices, facciones y esferas de actividad, todos los involucrados en el movimiento folclórico, periodistas, escritores, productores artísticos, investigadores académicos y funcionarios de gobierno, coincidían en idealizar a los habitantes pobres de las campañas de

origen criollo como el arquetipo de argentinidad.

Irónicamente, quienes no formaban por lo general parte de este movimiento eran los mismos sujetos del folclore. Me refiero a los miembros de las comunidades criollas mencionadas en decenas de composiciones, quienes bailaban zamba no porque la aprendieran en la escuela o una academia. Ellos eran interrogados, fotografiados o grabados por los folcloristas; sus costumbres, pesares y paisaje circundante, evocados en canciones; sus rostros, reproducidos en pinturas, producciones cinematográficas y manuales de texto; sus vestimentas, imitadas en disfraces para turistas o fiestas escolares. El significado de ser argentino cambiaba de acuerdo a los discursos políticos dominantes y los modelos de país que se sucedían de acuerdo a las tendencias y presiones transnacionales, pero el significante se mantuvo estable. A estos criollos rurales del interior, sobre los que se predicaban tantas virtudes y proezas diferentes, se les dejaba poco espacio para ser sujetos de su propio destino.

# Capítulo 1

## El folclore argentino, del positivismo al nacionalismo

En 1910, al tiempo que el país celebraba el primer centenario de la Revolución de Mayo, la alianza interprovincial de familias terratenientes comenzaba una lenta retirada del poder que había usufructuado por cuarenta años. Las décadas de dominio oligárquico fueron, en su mayor parte, tiempos de fuerte crecimiento basados en un tácito pacto interregional que asignaba a la región pampeana un perfil agrícola-pastoril exportador mientras que la periferia del interior, Cuyo, el Noroeste, Chaco y el Noreste desarrollarían industrias primarias destinadas al mercado interno. El ocaso de la oligarquía fue acompañado de un fuerte debate político e ideológico en el que se discutía el futuro del país. Mientras que el radicalismo pugnaba por reformas institucionales, los socialistas por reformas laborales y los anarquistas por la revolución, las elites del interior temblaban ante la perspectiva de que el cambio de régimen archivara el modelo proteccionista que los había cobijado. En ese contexto, el resurgimiento del nacionalismo romántico a nivel mundial impactó en el país, dándole cauce discursivo al malestar de la oligarquía. El Movimiento Folclórico Argentino anidó en los resquicios de este giro ideológico

de la elite, combinando y resignificando distintas tendencias precedentes.

Entre ellas, el criollismo en el campo del espectáculo, la etnografía positivista en el ámbito académico, el culto escolar a la patria y el clericalismo antiliberal contenían elementos nacionalistas dispersos que eclosionaron en un discurso coherente alrededor de 1910 y, a su tiempo, alentaron el surgimiento de un folclore nacional. El trabajo de síntesis correspondió a los escritores de la Generación del Centenario con fuertes lazos con las elites del interior liderado por Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez, quienes articularon una crítica global al liberalismo cosmopolita de la Generación del Ochenta —obviando mencionar el pragmatismo proteccionista que coexistía con el librecambismo—. El blanco favorito de la crítica nacionalista fue la política inmigratoria. De acuerdo a los tradicionalistas, la inmigración masiva había corrompido la pureza del alma nacional trayendo consigo materialismo, avaricia y socialismo al tiempo que había disuelto la nacionalidad en un archipiélago de culturas foráneas. Como contrapartida, este grupo proponía recuperar las culturas criollas del interior entre las cuales el alma nacional se habría preservado intacta. Mientras que el problema económico de fondo era el mantenimiento de la protección de las oligarquías provinciales, el tradicionalismo que apoyaba a esas oligarquías planteaba principalmente cuestiones culturales y sociales, acusando a la migración y el cosmopolitanismo como causas de la supuesta decadencia nacional.